

bronce y pinturas al fresco. En este sitio fueron descubiertas las dos estatuas ecuestres que se hallan en el Museo de Nápoles, una de *Marcus Nonius Balbus* y la otra de su hijo *Nonius*.

Pasando por enfrente, se atraviesa la *Strada del Molo* para visitar la llamada *Villa de Aristides*, en donde se encontraron un Fauno en mármol, las célebres *danzantes* y el grupo del Sático y la Cabra; además algunos bustos y una biblioteca de *papyrus*, todo lo cual está enriqueciendo el Museo Borbónico.

No muy distante del anterior edificio, se ven los restos de una casa llamada de *Argus*, de la cual se conservan todavía veinte columnas y seis pilastras de un pórtico que seguramente rodeaba el jardín.

Inmediata á esta sigue la nombrada de los *Genios*, que lleva tal nombre por haberse encontrado la estatua de un Genio colocada sobre una consola de mármol, que todavía existe y se halla en el Museo.

A la extremidad de un pasillo situado detrás de esta casa, se mira debajo de una bóveda un mosaico bien conservado y una columna que indican haberse hallado situado en aquel lugar un edificio de importancia.

Del lado opuesto, atravesando la *Strada del Molo*, se ve otra casa llamada de la *Fuente*, que no tiene de interesante sino dos mosaicos con figuras humanas sobre dos pilastras.

En seguida se pasa á la calle de la derecha, que se asegura conducía á Pompeya por la vía de las Tumbas. A la derecha están las ruinas de la Palestra, y en el fondo se percibe una bóveda en forma de gruta, en donde están sepultadas las *Termas*.

Por un pequeño camino á la izquierda, se sale á la vía pública por donde se entró, y subiendo esta calle se vuelve á encontrar la gran ruta de Resina para regresar á Nápoles.

En los momentos de revisar las pruebas de este capítulo, se nos presentó el señor Cura Zúñiga trayendo consigo el original de su relación. Es tan interesante ésta, que no pudimos prescindir de insertarla, consagrándole un capítulo especial y es el que sigue.

## CAPÍTULO DÉCIMOSÉTIMO.

El Vesubio.—Excursión de tres romeros mexicanos.

SON las doce del día. El sol, en mitad de su carrera, se ostenta magnífico y soberbio en lo alto del firmamento, reflejando su radioso disco sobre la hirviente mar, cuyas doradas y embravecidas olas, caminando paulatinamente, vienen á reposar tranquilas sobre las pintorescas playas de Torre Anunziata. Acabamos de abandonar los solitarios edificios, las desiertas calles de la monumental ciudad, dirigiendo nuestra postrer mirada á la sombría figura de Pompeya, que entre cenicientos sarcófagos se ostenta en la Avenida de los Sepuleros. Una cosa semejante á la soledad de los cementerios, algo como el silencio de las tumbas, había hecho que se apoderara de nosotros un respetuoso temor; parecía paralizarse la sangre en nuestras venas, como cuando se presenta á la imaginación el punzante recuerdo de un pasado borrascoso y terrible. . . . Volvemos en seguida á la fértil campiña, y el pecho, hasta entonces comprimido, respira libremente un aire preñado de agradables perfumes. En conversación muy acalorada é íntimamente persuadidos de que las encantadoras ruinas de Pompeya deben la fama universal de que disfrutaban, á las cenizas del Vesubio, nos dirigimos apresuradamente en busca de un asilo donde comer, en solicitud de guías, caballos y alguna otra cosa necesaria á nuestra excursión; porque aquella tarde estaba consagrada ¡al Vesubio! Ibamos á visitar la célebre montaña que han buscado tantos viajeros, con el atractivo de la novedad y de sus hazañas. Antes de entrar

en el *Hotel Diomède*, situado extramuros de la ciudad, que era donde nos esperaba la mesa, quisimos examinar de paso un bonito establecimiento, situado á extramuros, donde se encuentran en pequeño y en barro, bronce, ó lava del Vesubio, etc., fieles y artísticas imitaciones de la mayor parte de los objetos extraídos de las excavaciones recientemente practicadas, cuyos originales se hallan expuestos en los Museos Borbónico y Pompeyano. Una diversidad de vasos, lámparas, tazas de variada forma, macetones, estatuas; multitud de vistas estereoscópicas y bellísimas fotografías, representando al vivo los frescos que aun existen en la derruida ciudad, sus edificios, calles, puentes, etc.; todo lo cual sería bastante para formar una interesante galería de célebres antigüedades; pero lo que más llamó mi atención, por la ejecución del trabajo en lava del Vesubio, fueron unas estatuas de Terpsycho-re, Adonis, y otras en bronce, de Apolo, Baco, Diana y la Fortuna. Aguardamos á que uno de los compañeros se proveyera de lo que le pareció más curioso, y acto continuo pasamos á tomar la sopa. Extranjeros en aquellas tierras, experimentamos un júbilo infinito cuando, al penetrar en el modesto salón del Restaurant, observamos que la mayor parte de sus mesas eran ocupadas por compatriotas nuestros, que se habían reunido allí después de sus excursiones en diferentes puntos de la comarca.

El corazón tiene sus misterios impenetrables, sus sentimientos desconocidos; el alma se impresiona y conmueve hondamente, sin darnos cuenta de la causa que motiva ciertas sensaciones; lo real es, que la sola presencia de nuestros compañeros, hizo que los corazones palpitaran con más violencia. Quizá la unidad en el lenguaje, las simpatías de la sangre, los hábitos, las costumbres adquiridas bajo el mismo cielo mexicano obraron en nuestro sér, como si la influencia de un fluido electro-magnético tuviese á su cargo el producir semejante fenómeno. Supuesto lo cual, no es extraño que se suscitara entre nosotros una conversación bien alegre y variada, que hizo nuestra mesa lo más amena posible. Todos mutuamente se encargaron de relatar, con apreciaciones más ó menos

interesantes, más ó menos verídicas, según sus alcances científicos, los viajes que habían hecho; alguien se ocupaba en pintarnos los bellísimos y poéticos jardines de Parthenope, Capó di Monte, Villa Nazzionale, Palacio Real; con gran calor se ocupaba otro en retratarnos las costumbres de aquella comarca voluptuosa; aquel hablaba de Castellamare, otro de Pozzuoli, otro de Sorrento; y Amalfi, Nocera, Capri, la gruta del perro, la tumba de Virgilio y otros tantos lugares de aquel edén encantado, fueron el tema de la conversación. Uno de los compañeros, tirándola de geólogo, como se dice vulgarmente, causaba risa escucharle en sus detalles sobre el Museo Borbónico, y con cierto aire magistral decía respecto á Pompeya:—"Ustedes verán, que al pretender hacer una visita á la ciudad nos cobraron siete liras; ¡figúrense si sería justo dilapidar el dinero de tal modo por ver.... ¡qué....? ruinas y cosas de poca entidad y provecho!"—Pero, señor, que todo un abogado, le dije en tono de chanza, se exprese de semejante manera y haya preferido siete liras en su bolsillo al placer que experimenta todo viajero, cuando al regreso á su patria lleva la inmensa satisfacción de haber pisado los lugares célebres que han sido teatro de trágicos sucesos y cuya fama é importancia son conocidas del mundo entero? Ya se ve, dije para mis adentros, "cada quien piensa con su cabeza."

En este estado caminaba la conversación, por momentos crecía la algarabía, y el regocijo se marcaba en los semblantes, cuando repentinamente se dejó escuchar el dulcísimo y sentido canto de un pobre hombre que acompañado de una guitarra, ejecutaba un trozo de una pieza cuyo aire me era desconocido. Callaron de pronto todas las voces, las miradas se dirigieron á determinado sitio, y todos contemplábamos estáticos á aquel hombre, que con el delicado acento de su melodiosa y sonora voz nos tenía arrobados, al grado de habernos fascinado completamente. Cuando terminó, con gusto depositamos, en el plato que recorría las mesas, el óbolo de la caridad cristiana, y acto continuo traté de seguir saboreando un bien condimentado platillo con espárragos

que tenía al frente; pero el sirviente había desaparecido con él, y en su lugar íbamos á principiar los postres. Algo nos ocupamos de aquel hombre perteneciente á la numerosa familia de los *Lazzaroni*, que tanto abunda en Nápoles y sus contornos.

Desdichados seres sin hogar ni propiedades y destinados á vagar en el mundo en un estado de triste mendicidad!, ellos producen con el eco sublime de esa voz divina con que les dotó el Creador, el más encantador ensueño, y despiertan en el viajero que les escucha el más vivo interés, conmoviendo la fibra más delicada del corazón. Ellos cooperan también á embellecer aquella campiña con el atractivo de esas dulces notas que arrancan de sus instrumentos. ¡Jamás en mi vida he escuchado canto igual! y nunca presumía que el arte pudiera llegar á tal estado de decadencia, ó más bien, de indiferencia, porque aquellos infelices son generalmente despreciados. Alguien nos dijo que durante el día interesan al incauto en cuyo pecho quizá pretenden por la noche sepultar el puñal del asesino.

Habíamos concluido la comida á tiempo que el camarista del Hotel nos anunciaba que los caballos esperaban á la puerta. Nos levantamos apresuradamente, no sin haber brindado con otros compatriotas por el feliz regreso á la Patria y tratado de persuadirles á que tomaran parte en nuestra excursión; pero fué vano nuestro empeño, porque nos contestaron que no querían llegar á México en tarjeta. Nos despedimos abandonándolos en su justo temor y partimos.

Componían la pequeña caravana, el Sr. Presbítero Alva, el Sr. Dr. Viveros, un humilde servidor de ustedes y nuestro inseparable guía.

Alegres y contentos abandonamos á todo escape las puertas del Hotel, destrozando bastones y paraguas sobre los cuartos ó más bien sobre los huesos de aquellos pobres animales que habían tomado empeño en acercarnos á lo verde abandonando el camino; de cuando en cuando volvíamos la vista hacia el grupo de otros compatriotas que nos saludaban á lo lejos con estrepitosas carcajadas y agitando en el

aire pañuelos y sombreros. Extraordinariamente llamábamos la atención de toda clase de personas, excitando la risa y admiración de cuantos encontrábamos al paso, y despertando aun en los indolentes *Lazzaroni* que se hallaban recostados á la orilla del camino, en los aldeanos y muchachos, un espíritu de curiosidad que terminaba por lo menos con gritos, chiflidos y alguna sonrisa burlesca. Ya se ve, era nuestra figura verdaderamente original y digna de caricaturarse; mas firmes en nuestro propósito continuábamos impávidamente la travesía, obligando á nuestros corceles á levantar una polvareda inmensa en aquellos amplios y pintorescos carriles que conducen al simpático pueblo de Bosco, como si un numeroso ejército tratara de asaltar sus muros.

En nuestro camino encontramos, entre algunos otros, un carro tirado por una heterogénea pareja de mulas y bueyes, cubiertos de cascabeles; le ocupaban más de veinte aldeanos y aldeanas casi los unos sobre los otros, con las sienes coronadas de frescas rosas, y armando una algarabía inmensa con pitos, flautas, castañuelas y panderos que agitaban en las manos; nos saludaron grotescamente y pasaron adelante, como pasa y se gasta la vida popular en Nápoles y sus alrededores, en la mayor miseria, en el estado más triste y desgraciado, pero en el desorden más completo, en el desarrollo lamentable de las pasiones, en el escándalo que mata, en la confusión y en el tumulto inauditos, y en la infinita algazara que produce vértigos, que marea al transeunte. Aquel carril que atravesamos era muy semejante á una de las avenidas de nuestros paseos en día de Carnaval, con la única diferencia de que aquello, aun en la ciudad de Nápoles, se repite todos los días y á todas horas. Mi estupor era sin igual y crecía á cada paso que veía interceptado el camino por tanto infeliz pordiosero que con su canto en armonía perfecta con el violín, tarantela ó guitarra, amenizaban aquellos poéticos sitios á la vez que dejaban en el corazón sensible, una honda hue-lla. Así seguíamos nuestro camino más ó menos variado, atravesando siempre por una serie no interrumpida de jardines bellísimos cubiertos de viñedos exuberantes, cactus ele-

vadísimos, pinos coronados de enredadora hiedra, bosquecillos incultos tirados en línea recta, pero dispuestos de tal manera, que comunican un encanto singular á aquellas atravesadas y largas calzadas donde el follaje de algunos árboles ofrece abrigo seguro contra los ardorosos rayos del sol. ¡Oh! la deliciosa llanura sobre la cual se levanta amenazador el soberbio volcán, parecía brindarnos en aquella tranquila y bendita tarde con todos los encantos que pueden cautivar el corazón de un extranjero, que pisa por la vez primera el suelo de aquel paraíso privilegiado por la pródiga mano del Creador Supremo. Delante, detrás de nosotros, en todo el derredor, la riqueza de una vegetación meridional se desarrolla ferazmente merced á las calientes cenizas del Vesubio y dilatándose sobre la vasta campiña ofrece á los ojos del encantado viajero, hermosos limoneros en flor, opulentas palmeras de gigantesco tallo cuya majestuosa cima corta gallardamente los aires en medio de cultivadas huertas donde compiten en verdor y lozanía el glandés, el chopo y el álamo y multitud de arbustos frutales, como la pera y el manzano, el naranjo y la nuez, el piñón, castaño y los granados exquisitos.

Llegamos, pues, á Bosco-Trecase, lindo pueblo como decía uno de mis compañeros, materialmente perdido entre las flores y cobijado bajo la frondosa copa de frescos árboles, donde la exuberante vid había formado su nido de amores. Era preciso descansar y dar tregua á nuestros fatigados caballos; con este motivo nos apeamos frente á una casita de modesta apariencia, donde se nos recibió con afabilidad; saboreamos un buen vaso de vino rojo del Vesubio, conocido con el nombre de *Lacryma Christi*, y mientras tanto un cantor alado hizo escuchar sus puros y armoniosos acentos. Un instante de reposo y tratamos de seguir inmediatamente nuestro camino.

Cuando aparecimos á la puerta, la confusión era horrible; parecía que aquel pueblo se había vaciado; nos formaron sitio todos los mendigos, mujeres, muchachas, hombres y niños harapientos, cuyas ropas parecían haber llegado al estado de podredumbre y hediondez; nos acosaron con sus importunos

ofrecimientos. Unos tomaban las riendas ó el estribo del caballo, otros aparecieron con cepillos en la mano y se empeñaban en quitar el polvo á nuestras ropas, sacudir las monturas y á la vez se gritaban mil improperios, blasfemaban, aturdían; acompañando sus chillidos con la mímica y gestikulaciones más ridículas, al disputarse bruscamente la multitud de céntimos que tuvimos la necesidad de arrojarles aun ya montados á caballo, para poder lograr que soltaran la brida, la cola de los pobres animales que tiraban fuertemente, y salir con presteza de aquella inmensa batahola capaz de hacer tronar los oídos de un sordo. Volvimos á recorrer más y más calzadas y carrilillos angostos, bordados de olivo, adelfa y encinas verdes, taloneando á nuestros miserables caballejos para llegar con más presteza al punto deseado. Muy pronto estuvimos fuera del pueblo, dejando atrás el hechicero campo con sus hermosísimas huertas de fresco verde cuajadas de trigo, papa, haba, maíz y cebada, que manifestaban al ojo menos perspicaz la feracidad de aquel terreno, la exuberancia de la frondosa vegetación, y por consiguiente, la causa que presta tanta facilidad para el cultivo, como lo testifican los alegres grupos de jóvenes labradores que sorprendíamos en lo más bello de sus labores. Mientras más adelantábamos en el camino, iba disminuyendo poco á poco la vegetación, el suelo se presentaba más negro, como por encanto desaparecían los árboles y el horizonte sin obstáculo alguno: ofrecióse por fin á nuestra ávida mirada la inmensa mole de la soberbia montaña, recortándose majestuosamente sobre el purísimo fondo de un cielo azul muy semejante al de nuestra patria en una de las calurosas tardes del Estío. Hubo un momento en que los compañeros detuvieron de la brida sus caballos y admiraban extáticos la enorme masa que teníamos al frente. Yo, por mi parte, hube de rendir homenaje al fuerte brazo del Hacedor Eterno y elevaba en secreto temerosa plegaria en aquel lugar de la muerte. ¡Me ví pigmeo reconociendo una vez más el supremo poderío de Dios, que domina los elementos y sepulta los imperios confundiendo la loca arrogancia del hombre! Vino á sacar-

nos de este estado de anonadamiento el estrepitoso galope de seis caballos que acertaron á pasar junto á nosotros. Eran cuatro arrogantes ingleses y sus criados; nuestro guía, demasiado jovial, trató de persuadirlos á que nos hicieran el honor de acompañarnos, pero ó aquellos seres excéntricos no entendían el idioma italiano ó tal vez soñaban en algún tesoro depositado en el cráter, según la veloz carrera que llevaban.

Semejante indiferencia ó desprecio, como quiera calificarse, excitó en uno de los compañeros el orgullo patrio y voló tras ellos disputándoles la primacía.

El volcán del Vesubio, en su configuración, es muy semejante á nuestro Popocatepetl, principalmente por las vertientes que aparecen al Poniente de la ciudad Angélica; pero entre ambos hay notable diferencia. Mientras éste se eleva á una altura de 19,689 pies sobre el nivel del mar, aquel mide solamente 4,550, pero con la rara particularidad de que en este punto tan pequeño, relativamente, se producen una variedad de sustancias mineralógicas como el lápiz-lázuli, grenates, nephelina, augite, mica, la breislakita y otras muchas que nuestra montaña no contiene; bien que el Vesubio ha sido objeto de un estudio muy concienzudo ocupando la imaginación de hombres célebres como Strabón, Monticelli, su infatigable observador Palmieri, con los demás Directores del Observatorio Meteorológico y varios físicos, geólogos, naturalistas y otros hombres científicos que le han visitado.

El Popocatepetl alguna vez ha arrojado piedra y arenas que vuelven á caer en su cráter, pero es un volcán extinguido completamente. Su mayor belleza consiste en las nieves perpetuas que coronan su elevada cima y en el monte que le rodea desde la base hasta muy cerca de su parte media. El Vesubio, desde el reinado de Tito, en cuya época la historia recuerda la terrible erupción que costó la vida al naturalista Plinio, hasta la fecha presente, permanece en constante actividad arrojando siempre una lava negra semejante á las escorias del hierro, envuelta en una espesa columna de humo blanquecino-gris durante el día y roja por la noche. Es-

to por una parte, y todo lo que en seguida veremos, hace de la montaña, un volcán cuyo aspecto es terrible, pero bien variado, imponente y majestuoso. Curioso es observar las muchas casas de campo, alegres quintas y multitud de pequeñas propiedades que salpican su fértil falda; pero llama mucho más la atención el número considerable de habitantes, en su mayor parte infelices, que atraídos por la riqueza de aquel suelo, parecen desafiar la muerte que les espera, llegando á reunirse según la Estadística moderna, cerca de 1,200 por kilómetro cuadrado.

Hacia el Este de la hermosa Parthenope y á doce kilómetros de distancia, se levanta majestuoso y erguido el Vesubio. Llegase hasta él tomando en la ciudad el ferrocarril de Nocera y haciendo estación en Resina ó Pompeya, donde se encuentran guías, caballos y mulas. Es preferible seguir el camino de Resina, porque si el viajero quiere evitarse un tanto la molestia del caballo, bien puede tomar un asiento en el ferrocarril funicular ó un buen carruaje que lo conduce á la tradicional Ermita de San Salvador siguiendo una hermosa calzada nueva. Nosotros optamos por la ruta de Pompeya, motivo, á que como se ha dicho, acabábamos de visitar sus ruinas; pero ¡cuántos sinsabores! ¡qué soles! ¡cuántos martirios no nos costó la tal travesía! Sigamos, pues, nuestro camino interrumpido por tan larga digresión. Las últimas lenguas de tierra cultivada habían desaparecido á nuestra vista, la pendiente se hizo más y más elevada, los torrentes de lava inerte, fría y lúgubre se unían bajo los pies destrozando el casco de nuestros agobiados caballos que á cada momento trepaban con mayor dificultad, fatigados y bañados en un sudor tal, que le arrojaban gota á gota sobre el esquebrajado suelo, como si en aquel instante acabaran de salir del bañadero. A derecha é izquierda se levantaban montañas de ceniza movediza, masas enormes de pedruzcos amarillentos cuyo aspecto repugnante y horrible estremece al pobre grupo de viajeros que repentinamente se ve envuelto en aquel sombrío valle, donde ha desaparecido toda vida. Ríos de fuego líquido en otro tiempo, están representados